



Lámina 1 — APOLO

Frontón occidental del templo de Zeus en Olimpia (hacia 465 a. de J. C.),  
Museo de Olimpia.



# STVDIVM

TOMO II

BOGOTA, D. E.

NUMERO 4-5

ENERO-SEPTIEMBRE 1958

## S O B R E   L O S   M I T O S   G R I E G O S \*

### I

1. LA MITOLOGÍA es el conjunto de leyendas tradicionales en que la imaginación primitiva ha recogido sus nociones, sus sueños y sus experiencias respecto al mundo natural y al mundo sobrenatural. Se manifiesta en forma de cuentos o “mitos” comunicados de boca en boca, objetos de creencia en principio, y siempre testimonios preciosos sobre cierta etapa o cierta fase de la mente. Se conoce la mitología de muchos pueblos —el australiano, el escandinavo, el azteca—; pero la palabra se ha usado más comúnmente para la antigüedad clásica, en que se confunde a los griegos y a los romanos.

Sin embargo, la fértil mitología griega y la menos fértil mitología romana no son idénticas, si bien se parecen por el parentesco étnico entre ambas naciones y por la deliberada imitación que Roma hizo de Grecia en todos los órdenes de la cultura. Por eso a las figuras de la mitología griega no deben aplicarse nombres latinos, aunque éstos nos sean más familiares. Pero si hay nombres griegos intocables (salvo ciertas reglas aceptadas para la transcripción en lenguas modernas), y que no podrían sustituirse por los de la mitología latina, hay nombres griegos latinizados y ya engreídos así en nuestra habla, cuyo ajuste a la fonética original daría un aire pedantesco escabroso a un ensayo de divulgación. Sería un error hablar de Júpiter cuando queremos hablar de Zeus, de Juno en vez de Hera, de Venus a cambio de Afrodita, de Marte (o Mavorte, como decían nuestros clásicos castellanos) en lugar de Ares. Aunque menos grave, lo sería también, a causa de ciertas confusiones, decir Ulises por Odiseo y Hércules por Héacles. Pero nada perdemos con seguir llamando Aquiles a Aquileo y Hécuba a Hécabe.

Nuestro conocimiento de la mitología griega parte sobre todo de Homero, Hesíodo, Píndaro, los poetas trágicos, los cronistas e historia-

---

\* Don Alfonso Reyes ha enviado este artículo —primero de una serie—, en colaboración especial para STVDIVM. (N. de la D.).

dores helénicos, los poetas helenísticos o de la época alejandrina —Calímaco, Apolonio—, los recopiladores como Diodoro y el Seudo-Apolodoro, el romano Ovidio, en quien desembocan muchas corrientes, y aun el tardío y modesto epitome de Higino, a pesar de sus adulteraciones y errores. Es Higino un sandio recopilador, griego mediocre y latino execrable, al punto de ser a veces incomprensible, pero tuvo acceso a fuentes preciosas.

Por lo demás, estos mitos no son de origen puramente griego, porque Grecia no vivió aislada. En los mitos de los monstruos preolímpicos, singularmente, se advierten las contaminaciones de Asia y de Tracia: Equidna, Ortro, Cerbero, Quimera, Esfinge Tebana, Hidra Lernea, León Nemeo, etc.

2. El mito es de esencia y de procedencia religiosa, pero no agota el sentido de la religión griega. Primero, porque aquella religión, como todas, contiene varios elementos: las creencias, las instituciones y el ritual y, por último, los entes del culto que, en nuestro caso, son el objeto de los mitos. Segundo, porque si los mitos son sólo un elemento de la religión griega, a su vez desbordan el cauce y corren por su propio terreno con las libertades del folklore. Ni siempre se les asignó carácter sagrado, ni menos recibieron siempre un culto especial.

De suerte que si, por una parte, “la vida privada de las diosas y de los dioses” —como dice un francés agudo— no da cuenta de la religión griega en su integridad (que tampoco la hagiografía o vida de los santos es toda la religión católica), por otra parte el inventario de los mitos “culturales” tampoco abarca completamente la mitología. Religión y mitología están imbricadas, no identificadas, y como las tejas superpuestas, cada una sobresale un poco de la otra.

3. Pues ¿qué entes son materia del mito, y entre ellos, cuáles son materia del culto? Todo pudo ser asunto del mito en cierta etapa de la mente, y no a todo ello se ha concedido divinidad, o siquiera alcance religioso. No sólo hay mitos de Dioses, Semidioses o Héroes; estos últimos, no entendidos a la manera moderna, sino como antepasados sobrenaturales. No sólo hay seres “mitificados”, concebidos a semejanza del hombre, o aun imaginados como monstruos, y de quienes cabe trazar una suerte de biografía. También pueden ser mitificados los fenómenos naturales, meteoros, vientos, cuerpos celestes, montes, piedras, ríos, fuentes, árboles, plantas, flores, animales y hasta objetos, como armas, instrumentos del rito, reliquias, etc., a poco que se los involucre en la fábula de una persona mítica o que se les reconozca por sí mismos cierta intención o iniciativa de orden humano. Algunos ejemplos nos permitirán apreciar el campo que cubre la mitología.

Zeus es mito divino; Hércules, mito semidivino; Teseo, mito heroico y cultural; Aquiles, mito heroico que alcanzó culto en algunos sitios; Agamemnon, caso semejante que, según versiones tardías y un tanto dudosas, mereció también algún culto; Odiseo, mito puramente legendario y poético; la historia de Admeto y Alceste, mito folklórico. No corresponde aquí el análisis de los residuos religiosos o históricos que puedan disimularse tras la imagen de estos y los otros personajes de la epepeya.

El rayo, el trueno, la tempestad, más bien son atributos de Zeus, como el fuego lo es de Hefesto, el dios artífice. Iris (arcoiris), aunque mensajera celeste, sólo fue adorada en Hécate, isla cercana a Delos. Los vientos han sido personificados, y Bóreas —el viento norte que corresponde a nuestro latino Aquilón— llegó a tener culto por su participación en la victoria contra las naves persas. Helios, el Sol, es mito divino de escasa historia, y sólo alcanzó culto entre la mezclada y algo exótica población de los rodios.

Se asegura que el monte Olimpo era ya objeto religioso antes de que lo habitaran los Dioses. Las piedras que marcan los cruceros de los caminos solían ser ungidas y coronadas, superstición de que se burlarían más tarde los retores de Samosata. En Delfos había un bloque marmóreo, fetiche terrestre considerado como Ombligo del Mundo (*Omphalós*), el cual pasaba por ser la roca que, envuelta en pañales, Rea hizo tragar a Cronos, para evitar que éste devorara al Niño Zeus, como lo había hecho con todos sus hijos anteriores. En Feneo se juraba por las Petromas de Deméter y Cora, dos peñas enlazadas.

Los ríos, que la mitología representa como unos toros, tenían hijos e hijas, y eran también seres divinizados. Las fuentes solían ser Ninfas, y las mujeres del pueblo las invocaban en los partos, junto a Hera y a Artemisa, las diosas Ilitias o comadronas.

El encino oracular de Dodona, el pino en que Asia incorporó a la divinidad que los griegos llaman Artemisa, las dos vigas con que Esparta figuraba a los Dióscuros —Cástor y Polideuces o Pólux—, el mirto verde de Afrodita en la ciudad de Temnos, eran entes míticos y místicos. Pero las flores en que vivían metamorfoseados Jacinto y Narciso, o las aves en que se mudaron Procne y Filomela, ya no eran entes culturales. Jacinto, antiguo dios agrario y local, quedó absorbido en el cortejo de Apolo, y el rito que Ámiclas le consagraba periódicamente no tiene relación con la flor, mera fantasía sin valor canónico ninguno.

La serpiente Pitón, que vino a morir a manos de Apolo, o el dragón a que dio muerte Cadmo, son mitos animales sin culto. El dios Asclepio es de humilde origen "serpentario", y se pretende que por eso mismo no pudo llegar a dios mayor, aunque tan benéfico y adorado. Mas ya el toro cuya apariencia asume Dióniso (no cualquier toro en general) posee una virtud sagrada, es víctima de un despedazamiento o *sparagmós* de sentido místico y está destinado a la comunión de sus fieles.

La lanza de Ceneo, el escudo de Dánao, los trípodes adivinatorios, aunque simples artefactos, merecían una reverencia religiosa.

¿Qué mucho? Ciertos nombres invocatorios de las letanías se incorporaron en otras tantas hipóstasis o figuras de la deidad y más o menos cobraron fisonomía propia. Así (en torno a Ártemis), Díctina, Ilitia o Britomartis. Esta singular transformación del epíteto en persona divina obedece a la emancipación del seudónimo o *epiclesis*. Hasta hubo un grito sagrado, "Peán", que acabó por convertirse en dios, y un grito nupcial, "Himeneo", que por poco logra igual jerarquía.

Este vasto cuerpo mitológico se deshace por las orillas en un conjunto de abstracciones. Algunas adquirieron un ser mitológico algo transparente y otras no pasan de símbolos poéticos. Aidoós (Honor), Átee (Funesta Ceguera), Déemos (Pueblo, casi Patria), Díkee (Ca-

mino Apropriado, que se confunde con Justicia), *Eireénee* (Paz), *Eris* (Discordia), *Deinos* y *Phobos* (Terror y Fuga), *Phthonos* (Envidia), *Homónoia* (Concordia), *Hypnos* (Sueño), *Kairós* (Oportunidad), *Keer* (Espíritu Mortal), *Kydoimós* (Tumulto), *Moira* (Destino), *Móomos* (Deturpación), *Némesis* (Horror del Mal), *Nikee* (Victoria), *Oizys* (Desgracia), *Thánatos* (Muerte), *Themis* (Rectitud, Justicia), *Tychee* (Fortuna), pertenecen a esta familia de abstracciones, personalizadas, entre otros, por Homero, Hesíodo, los trágicos y Platón.

4. La religión griega se ha encaminado hacia su última configuración a través de las siguientes nociones, relacionadas íntimamente entre sí, no siempre ni necesariamente sucesivas, y envueltas por así decirlo en el mito:

a) La *magia*, que pretende influir directamente en las cosas y en los fenómenos mediante ciertos actos o mediante ciertas palabras y es, en algún modo, el antecedente remoto de la ciencia. Cuando aparece la idea de un intermediario sobrenatural entre el hombre y el mundo, de un ser sobrehumano a quien hay que contentar o implorar para que nuestro desseo se realice, aparece la religión.

b) El *animismo*, el cual supone en las cosas que nos rodean algo como un espíritu y, por consecuencia, una voluntad.

c) El *demonismo* o primer esbozo de personalización asignada a las energías del mundo. El Demonio (*daímoon*) no debe aquí entenderse como un ser precisamente maléfico, según la concepción moderna, sino como una larva del Dios.

d) El *antropomorfismo*, que no sólo atribuye al ser sobrenatural una apariencia exterior de forma humana, sino, además, un carácter y unas condiciones espirituales semejantes a los del hombre, siquiera sublimes o agigantados.

e) El culto de los *Difuntos*, antepasados de la tribu a quienes se considera vivos en cierto modo, transportados a otra existencia superior e invisible, y capaces de ayudar a los suyos: arranque de la religión griega en cuanto adquiere perfiles propios.

f) El culto de los *Héroes*, entendidos como seres terrestres y, en principio, mortales; antepasados de jerarquía más general, especie de santos patronos de los pueblos.

g) El culto de los *Dioses*, último grado de la universalización. Los griegos llevaron esta universalización mucho más allá que todos los pueblos precedentes, y sus filósofos alcanzaron la concepción del Dios único, trascendente y perfecto, indecisamente elaborada por las creencias generales. Tal concepción se anuncia desde las tragedias de Esquilo, es explícita en Platón y Aristóteles; y ya, en el siglo II de nuestra Era, Marco Aurelio habla de la fraternidad humana, la "Ciudad de Zeus", como los cristianos hablarán de la "Ciudad de Dios". "Desde el punto de vista del nacionalismo —dijo Wilamowitz— los griegos tuvieron la desventaja de reconocer demasiado pronto la universalidad de Dios".

Entre los vivientes a una parte, y a otra las personas del culto, sin excluir a los infames Demonios, pero sobre todo los Difuntos, los Héroes, los Dioses, se establece un cambio de servicios. Aquéllos necesitan de éstos, y viceversa, lo que da lugar a ritos y ofrendas.



**Lámina 2 — DEMÉTER, TRIPTOLEMO Y CORE**

Bajorrelieve de Eleusis, quizá del taller de Fidias (hacia 450 a. de J. C.).  
Museo Nacional, Atenas.





5. La evolución que va desde la oscura magia a la luminosa deidad se apoya en una evolución de signos visuales, donde se percibe el aporte de las figuraciones imaginativas o poéticas y de las figuraciones plásticas, escultura y pintura.

El "aniconismo" adoró las cosas naturales, anteriores a la mano del hombre: "dendrolatría" para los árboles, "petrolatría" para las piedras. Quedan vestigios de "zoolatría" y de adoración al meteoro en los orígenes lejanos que ni siquiera pueden llamarse prehelénicos, mucho menos helénicos.

El fetichismo otorgó veneración mística a ciertos objetos y artefactos, reconociéndoles virtud propia. Aun se afirma que el trono vacío del Dios fue adorado antes que su estatua.

El icono, tosca imagen artística, posible es que haya comenzado como objeto de idolatría, y poco a poco haya servido para exteriorizar simbólicamente las nociones divinas.

De las severas abstracciones esculturales del siglo VIII a. C. la plástica progresa hacia la risueña belleza del siglo VI a. C. y, al fin, llega a la solemne majestad que admiramos en las obras del siglo V a. C.

La poesía ha colaborado. Fidias se inspira en versos de Homero para esculpir su Zeus de Olimpia, imagen que, según Quintiliano, trajo algo nuevo a la religión reconocida.

Los fáciles dioses del siglo IV a. C., tan alejados de la vida terrestre, corresponden de pleno derecho a la nueva representación ideal.

Este proceso traza el camino que condujo a Grecia desde la confusa idea del primitivo —quien no adora al dios, sino que lo siente y lo "ejecuta" en sus actos mágicos— hasta la plena exteriorización y distancia reverencial entre lo humano y lo divino.

6. La religión y la mitología griegas fueron un día exclusivamente estudiadas en los textos literarios de la edad clásica, lo que dejaba fuera toda la sustancia humilde y popular de las creencias y las fábulas.

Más tarde, la atención para las manifestaciones folklóricas —linden o no con las creencias— reivindicó este acervo apenas literario o francamente no literario, tan importante para el entendimiento de una religión que no tuvo Iglesia definidora.

La arqueología y la antropología causaron de pronto un verdadero deslumbramiento, y se dejó sentir el interés preferente por los aspectos más atrasados y salvajes del rito, y por los vacilantes tanteos de que más tarde habían de surgir las verdaderas divinidades.

Sin desdeñar la "embriología helénica", a la que tanto se debe, ya va siendo tiempo de volver a la verdadera fisonomía de Grecia, más discernible hoy merced a los nuevos descubrimientos y conquistas. Cuanto es común a todos los pueblos primitivos ayuda a entender lo que llegó a ser peculiar de Grecia. Pero el principal interés reside en esta peculiaridad inconfundible que se llama Grecia.

ALFONSO REYES.

